

que si algo alusivo se hallaba, con esas noticias proceder á buscarlo con algún acierto.

Aprobó doña Eufrosina, é inmediatamente nos dirigimos al despacho, en donde ésta suplicó al coronel buscáse, porque ella no tenía aliento, y con las piernas temblorosas, no pudiendo mantenerse en pie, se sentó en un sofá. Mientras yo alumbraba á mi tutor, él buscaba, y Pomposita seguía con sus ojos llorosos las manos del coronel, hasta que encontró un ochavo de papel en que con mal formados caracteres, aunque de mano de don Dionisio, decía:

«Adiós para siempre, familia idolatrada; en mi escribanía dejo escrita la resolución que he tomado y los motivos que me impulsaron á ella. Adiós, adiós.

LANGARUTO.»

No tuvo ánimo mi tutor para leerlo en alta voz, sino que tomándome la vela fué á presentarlo á Eufrosina. Como Pomposita corrió á ver qué era, ambas se impulsieron á un tiempo, y dando un terrible y doloroso grito cayeron desmayadas. Llamamos inmediatamente á los criados, se encargó á la ama de llaves que cuidara á sus amas, y nosotros fuimos á la escribanía, que tenía la llave pegada, y se abrió á presencia de la beata doña María, que había hecho don Rodrigo quedase allí por precau-

ción, y muy encima de todos los papeles estaban dos cartas, con el sobre la una: *A mi esposa Eufrosina é hija Pomposita*, y la otra, *Al señor coronel don Rodrigo Linaarte*. Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya, que decía así:

«Mi estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: Una carta que dejo á Eufrosina encargándole la enseñe á V. le instruirá de mi determinación y las causas poderosas que me la hacen tomar. Yo, que por una debilidad vergonzosa no tuve la firmeza necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi familia, he ocasionado mi ruina y la suya. ¡Ah! si yo hubiese seguido el ejemplo de V. y sus lecciones, no me vería hoy perdido. No digo más, porque sé á quién dirijo la palabra, y sólo ruego á V., por la sangre preciosa de Jesucristo y por los dolores de su Santísima Madre, á quien tanta devoción he tenido, cuide de mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido ni Pomposita tiene padre; V. sí, V., animado siempre de una caridad cristiana, cuidará de ellas y me las socorrerá cuando le sea posible. Si la Providencia divina me volviere algún día con mejor suerte al seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo agradecimiento; mas si así no fuere, ese Dios grande remunerador compensará á V. largamente sus buenas acciones. — Cuando V. y mi amable hermana dirijan sus

preces al Eterno, no olviden á este infeliz, que ó va á vivir en miserias á un país desconocido ó cuanto antes á descender al sepulcro.

DIONISIO LANGARUTO.»

Puede considerarse cómo quedaríamos al escuchar esta carta: yo no encontraba qué decir; la beata lloraba amargamente apretándose los dedos y clamando á toda la corte celestial, y mi tutor, después de un rato de silencio y diciendo:—Es preciso que ella la rompa; para ella es el sobre,—se dirigió para la recámara donde estaban madre é hija, siguiéndolo yo y no la beata, que hicimos quedara allí para que no fuera á aumentar la aflicción de aquellas señoras. Las encontramos ya en sí y anegadas en llanto.

Procuró mi tutor serenarlas, diciéndoles que todo mortal sabe, á no poder dudarlo, que ha ofendido á su Criador, por lo mismo que es merecedor de sufrir en castigo los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecían éstos más crueles de lo que son en sí; que acaso no podría dificultarse que volvieran á ver á don Dionisio, de quien había encontrado en la escribanía dos cartas, una para él en que remitía á la otra que era para doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algún tiempo para dársela otra ocasión menos angustiada, el deseo de ver si ella

alumbraba para hacer algunas pesquisas de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponía en sus manos para que la rompiera y leyera.

Doña Eufrosina no quiso tomarla, diciendo no tenía valor para abrirla y suplicando á don Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor, rompiendo la cubierta con mano trémula, leyó de la manera que sigue:

«Mi muy amada esposa Eufrosina: mi idolatrada hija Pomposa: Yo he amado á Vds. con demasiada imprudencia y satisfecho sus caprichos en tal manera, que ha llegado el caso, no sólo de agotar mis propios haberes, sino de contraer cuantiosas deudas que me es imposible pagar.

»La hacienda está valuada en cuarenta y cinco mil pesos; reconoce veintiocho mil, y debiendo doce años de réditos, que ascienden á diez y seis mil ochocientos, sólo parecen míos allí doscientos pesos; mas como tengo tomados tres años adelantados de arrendamiento, nada es mío ya, y antes soy deudor del arrendatario. La tienda gira quince mil pesos, debe al comercio veintidós mil, y yo debo en lo particular de cinco á seis mil pesos; por todo lo que se ve, que debo una cantidad considerable que no tengo de dónde sacar, y que ur-

giendo como me urgen ya bastante los acreedores, que están cansados de mis repetidos plazos con que he podido entretenerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles de casa, coche, etc., puedo cubrir mis responsabilidades. No queda á Vds. cosa libre, más que algunas alhajas que la consideración de los acreedores quieran dejarles.

»Tú, Eufrosina, tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que trajiste tuyos cuando nos casamos, y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradía del Rosario, y cantidad que hoy debes al consejo que con tiempo me dió nuestro hermano don Rodrigo de otorgarte la carta de dote que queda adjunta.

»Hijas mías, yo no puedo sufrir el dolor y vergüenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del público; al ver mi suerte se reirá con razón de mi necesidad que la ha causado; ni puedo ya ser útil á Vds. en tales circunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina y encargadas á nuestro honrado hermano y único amigo don Rodrigo, á quien encargo den á leer ésta para que disponga lo que convenga. Él las mirará y auxiliará como padre, siempre que Vds. no lo desmerezcan; yo se lo pido en la carta que queda con ésta y que se le mandará al momento; él cumplirá, lo

conozco, no lo dudo un momento. Sujétense Vds. á sus consejos en todo y lograrán ser menos desgraciadas.

»Yo me voy sin dirección alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamás si no pudiere algún día aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis días en algún país desconocido y muy remoto con otro nombre que no sea el mío.

»Ya la hora de mi marcha se llega... el momento se precipita... la amargura y el dolor no me dejan alienato... adiós, esposa mía adorada... adiós, amadísima hija mía, adiós, adiós; ya no volveréis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada ha sumido para siempre á él y á su familia, indiscreta también, en el abismo de la miseria... Adiós, adiós...

EL DESGRACIADO DIONISIO.»

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera, que fué necesario llamar al médico y que yo fuese en el coche á traer á doña Matilde, la que, impuesta del caso todo, se affligió mucho, pero sin desmayarse; porque prevenida ya por su marido á recibir esos golpes con resignación, no hizo más que dirigir á Dios su corazón, rogándole tuviese piedad de sus hermanos y sobrina.

A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, casi nada cenaron, y

después de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas.

Así continuaron hasta las siete, que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita; inmediatamente acudió mi tutor y doña Matilde, que prodigándoles caricias les decían que era necesario no afligirse tanto, porque el crítico estado de las cosas pedía mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, pues por la persona de don Dionisio, el coronel había en la madrugada ido á la posta y despachado varios correos con señas de su persona, caballo y vestuario para que lo buscasen con toda diligencia, y cuando encontrado no pudieran reducirlo á que se volviera, se valiesen de una autoridad para que con pretexto honesto lo detuviesen, dando aviso en el momento.

Sacaron á las dos de la recámara y llevadas al comedor, se les hizo tomar chocolate, se les dieron algunas ligeras esperanzas, que las aquietaron hasta la hora de almorzar, y luego que pasó un rato después del almuerzo, tomó don Rodrigo de la mano á doña Eufrosina y echándola el otro brazo encima de los hombros con todo cariño, se la llevó á la sala, y haciéndola sentar le dijo con el mayor agrado:

—Hermana mía, á la hora de ésta andan por los caminos como quince hombres expertos en solicitud de

mi hermano don Dionisio, por lo que no debemos desesperar de que vuelva; mas aunque esto sea como digo, él mismo ha manifestado á usted en su carta el terrible estado de sus intereses, y que los acreedores están muy cerca de echarse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta última ocurrencia, y este golpe, si le coge á usted en esta casa, les ha de ser muy sensible.

Mi hermano, al dar su último paso, me ha hecho el favor de crearme digno de encargarme de la suerte de ustedes, y yo, agradeciéndoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil. En tal virtud, hermana mía, vamos ahora mismo á que se lleven á casa las camas, ropa y aquellas cosas de ustedes que no puedan pertenecer á los acreedores, y dejemos esta habitación, supuesto que cuanto en ella hay es ajeno y que ya con buena conciencia nada puede cogerse de lo que en sí contiene. Vamos, hermanita; usted tiene luces bastantes para conocer estas cosas y no necesito decirle mucho. Vamos, no llore usted, pues esto no es más que mudarse usted á su otra casa, como que así ha debido considerar siempre la en que yo he vivido, como yo he contado ésta por mía desde que usted la habita.

—¡Ay, hermano! contestó Eufrosina, y ¡cuánto me parte usted el corazón con lo que me está diciendo! Yo todo lo conozco, veo que ello es fuerza, pues que no hay